

vez agradecido y desazonado, clásico y anarquista: o dicho de otro modo aún: un artista sabe que todo ha sido ya expresado y a la vez que todo está aguardando ser expresado siempre, porque cada nueva expresión es una nueva gota de silencio. Nuestra vida de poetas era lujosa ante nuestra tradición literaria, y era una pura angustia ante el silencio en que la realidad se preserva. Queríamos celebrar la herencia de nuestra tradición poética, pero también iniciarnos como espeleólogos de nuestras emociones y de las emociones calladas -o prohibidas- de la realidad colectiva. Fue entonces, en consecuencia, cuando comencé a ser un escritor moral y al mismo tiempo impudoroso. No es fortuito, pues, que el conocimiento de la poesía de Miguel Hernández, el poeta impudoroso y colectivo, dueño de una voz emocionalmente urgente, velocísima, y de una tórrida temperatura civil, fuese para mí un fognazo que chamuscaba los adverbios, que irradiaba en los adjetivos, que abrasaba los nombres. Desde la poesía de Miguel Hernández, el lenguaje ardía y esas llamas lamían mi angustia y le otorgaban una subterránea crepitación.*

Félix GRANDE



* Fragmento del texto autobiográfico "Esta noche", inédito